

Arévalo Wagner, Ma. Paula

John Dewey: Continuidad vs. dualismo

IX Jornadas de Investigación en Filosofía

28 al 30 de agosto de 2013

CITA SUGERIDA:

Arévalo Wagner, M. P. (2013) John Dewey: Continuidad vs. dualismo [en línea]. IX Jornadas de Investigación en Filosofía, 28 al 30 de agosto de 2013, La Plata, Argentina. En Memoria Académica. Disponible en:
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.2883/ev.2883.pdf

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar> <http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5



JOHN DEWEY: CONTINUIDAD VS DUALISMO

AREVALO WAGNER, María Paula

UNLP

INTRODUCCIÓN

Este trabajo tiene como objetivo exponer la crítica de Dewey a las teorías del conocimiento basadas en tesis dualistas o dicotómicas, cuyo origen se centra en la filosofía tradicional griega. El autor considera que en estas concepciones hay un divorcio entre experiencia y pensamiento cuyas manifestaciones se han reflejado tanto en el ámbito social como educativo, razón por la cual Dewey propone recuperar una continuidad entre ambos aspectos de la vida humana a través de su noción de experiencia.

CONTEXTUALIZACIÓN

La propuesta pedagógica de John Dewey marca un quiebre con respecto a las teorías educativas tradicionales vigentes en su época, las cuales son el principal foco de su crítica por no proporcionar una preparación para la vida en una sociedad democrática. La causa de esto es que se basan en la división entre teoría y práctica o experiencia y pensamiento denominadas *teorías dualistas del conocimiento*, cuyas consecuencias se reflejan en la vida social, es decir, en la división de clases sociales.

Estas teorías tradicionales encuentran su máxima expresión en la educación por medio de la separación entre “hombre práctico” y “hombre de teoría”. Es decir, por un lado se aspira a alcanzar la mayor eficacia en el hacer de los ejercicios sin el uso de la inteligencia, y por el otro lado, a una acumulación de conocimientos que son un fin en sí mismos. Esto significa para Dewey, que la educación reconoce las condiciones sociales como definitivas y ayuda a perpetuarlas. De este modo se produce una parcelación en el plan de estudios adscribiendo valores diferentes a cada uno, presentando la vida como un mosaico de intereses independientes que coexisten y se limitan recíprocamente. Las escuelas aceptan esto para satisfacer las demandas políticas, científicas y económicas cuyas exigencias reclaman el viejo plan de estudios. Esta separación de intereses, a su

vez, provoca la existencia de diferentes tipos de escuelas, con diferentes tipos de educación y de conocimiento, acentuando el estado antidemocrático tanto de la sociedad como de la educación.

Esta situación tiene su explicación histórica que nos conduce a una oposición más profunda: aquella que existe entre una educación como preparación para el trabajo útil y la educación para una vida de ocio. La separación de la educación liberal respecto de la profesional se retrotrae a la época de los griegos y fue formulada sobre la base de una división de clases entre aquellos que tenían que trabajar para vivir y aquellos que no contaban con esta necesidad. Por lo tanto, la educación liberal se consideraba superior respecto del adiestramiento servil destinado a las clases de posición social bajas. En consecuencia, cuando una división de intereses coincide con una división en una clase social inferior y otra superior, y se considera a la preparación para el trabajo útil con menosprecio y sin valor, se está en condiciones de afirmar que la rígida identificación del trabajo con los intereses materiales y del ocio con los intereses ideales es, en sí misma, un producto social. Estas formulaciones pedagógicas de la situación social formuladas hace más de dos mil años han tenido gran influencia y ha presentado un reconocimiento en la división de clases.

A estos dos modos de ocupación le corresponden dos tipos de educación: la baja o mecánica y la liberal o intelectual. Algunas personas son preparadas por medio de ejercicios prácticos adecuados para la capacidad de hacer cosas, utilizar instrumentos y en la prestación del servicio personal. Pero esta preparación es un mero asunto de destreza técnica; opera mediante la repetición y la monotonía, no mediante el pensamiento. La educación liberal aspira a cultivar la inteligencia para su propio oficio: el conocer, y cuanto más alejado se halle de los asuntos prácticos, más adecuadamente cultivará la inteligencia.

Aristóteles es quien traza la línea divisoria entre educación servil y liberal, pero no lo hace sin ninguna base, sino que lo efectúa sobre las divisiones sociales y educativas que previamente estableció Platón. Para éste filósofo una sociedad se encuentra organizada cuando cada individuo realiza aquello para lo cual tiene natural aptitud. La función de la educación es descubrir tales aptitudes y adiestrarlas para su uso social estableciendo una diferenciación por capacidades. Para él, los individuos se clasifican en clases, y en un número muy pequeño de ellas.

Por consiguiente, Aristóteles no hizo más que describir la vida que tenía ante sí; estaba en lo cierto al suponer la inferioridad y la subordinación de una mera destreza en la actuación y de la mera acumulación de productos externos respecto a la comprensión, la simpatía de apreciación y el libre juego de las ideas. El error se encuentra en establecer una separación entre ambos: al suponer que existe un divorcio natural entre la eficiencia en producir cosas y prestar servicios y el pensamiento autodirectivo entre el conocimiento significativo y la realización práctica. En este sentido, afirma Dewey, “nos hallamos en condiciones de criticar honestamente la separación de la vida en funciones separadas y de la sociedad en clases aisladas, sólo en cuanto estemos libres de la responsabilidad de perpetuar las prácticas educativas que preparan a los muchos para los fines que suponen mera destreza y un embellecimiento cultural”¹. La capacidad para trascender la filosofía pedagógica griega no se logra mediante un mero cambio de símbolos teóricos, sino por el desarrollo de una sociedad democrática en la que todos participen en el servicio útil y al mismo tiempo del ocio, es decir, se requiere de una transformación educativa cuyo principal objetivo es la reconciliación entre ambos tipos de educación que el autor lleva a cabo a través de la noción de experiencia y su vinculación con el pensamiento.

El interés de la democracia en la educación se debe, dice Dewey, a que “una democracia es más que una forma de gobierno; es primordialmente un modo de vivir asociado, de experiencia comunicada juntamente”². La interacción continua de los individuos, de modo que cada uno pueda referir su acción a los demás y considerar la acción de los demás para dar pautas y dirección a la propia, equivale a la supresión y eliminación de las barreras de clase y raza que impiden que el hombre perciba la plena significación de su actividad.

LA NUEVA FILOSOFÍA DE LA EXPERIENCIA

Dewey propone una filosofía que no coloca la experiencia en oposición al conocimiento y a la explicación racional. La experiencia ya no es la suma de lo que se ha hecho en el pasado, sino que es un control deliberado de lo que se ha hecho con referencia a un hacer sobre lo que ocurre y lo que hacemos a las cosas. Es decir, cuando ensayamos un

¹ Dewey, J. *Democracia y educación: una introducción a la filosofía de la educación*, Madrid, Morata, 1995, p.: 219

² *Ibid.*, p.: 82

experimento y sufrimos las consecuencias de las cosas, deja de ser un asunto de circunstancias causales, y pasa a ser una consecuencia de nuestros esfuerzos, y por ello es racionalmente significativo. Para el autor, la experiencia consiste primariamente en las relaciones *activas* que existe entre un ser humano y su ambiente natural y social, a la cual denomina *teórica continuista del conocimiento*, derribando las dicotomías propias de la filosofía tradicional.

La explicación fundamental a esta teoría se encuentra en la noción de experiencia, ya que naturalmente no reconoce división alguna entre los asuntos humanos y el mundo físico. Según el autor, la experiencia se encuentra articulada por dos elementos: uno activo y otro pasivo peculiarmente combinados. Por el lado activo, la experiencia es *ensayar*, cuyo sentido se manifiesta en el término “experimento”. Por el lado pasivo es *sufrir* o *padecer*. Cuando experimentamos algo, actuamos sobre ello, y después sufrimos las consecuencias porque la cosa nos hace algo a su vez; tal es la combinación peculiar.

Cuando una actividad se continúa con el sufrir las consecuencias, cuando el cambio introducido por la acción se refleja en un cambio producido por nosotros, entonces el mero fluir está cargado de sentido, y esto significa que *aprendemos* algo. Dice Dewey: “*aprender por la experiencia* es establecer una conexión hacia atrás y hacia adelante entre lo que nosotros hacemos a las cosas y lo que gozamos o sufrimos de las cosas como consecuencia”³, el hacer se convierte en un ensayar, un experimento con el mundo para averiguar cómo es; y el sufrir se convierte en instrucción, en el descubrimiento de la conexión de las cosas.

Por consiguiente, en la medida en que se establecen las conexiones entre, lo que le ocurre a una persona y lo que hace como respuesta, y entre lo que hace a su ambiente y lo que éste hace como respuesta, adquieren sentido sus actos y las cosas que lo rodean. La escuela debe proporcionar un ambiente tal que esta interacción efectúe resultados significativos para que lleguen a ser instrumentos del aprender ulterior.

Lo que quiere mostrar Dewey es que el hombre es una continuidad con la naturaleza y no un extraño interviniendo desde fuera. El error de las teorías dualista es que consideran que el conocimiento se obtiene mediante las experiencias personales,

³ *Ibid.*, p.: 125

considerando al espíritu se como enteramente individual y situado aparte del mundo que debía conocer.

Contrariamente a esto, la experiencia es una interacción y una continuidad con el entorno físico y social, y es por esta relación que la experiencia es una actividad inteligente; pensar es instituir conexiones entre lo hecho y sus consecuencias. Todo espíritu adquiere conocimiento cuando participa y actúa en el intercambio social, el yo no construye nuevos conocimientos por sí mismo, “la concepción del espíritu –dice Dewey- como una posesión puramente aislada del yo es el verdadero antípoda de la verdad”⁴. En este sentido, el conociendo no surge de la contemplación, sino de la experiencia en cuanto interacción con el ambiente

CONCLUSIÓN

A partir de este breve bosquejo se puede afirmar junto con el autor, que el origen del problema proviene de la idea de experiencia que poseían los griegos, es decir, la clase de experiencia que en aquel entonces estaba a su alcance.

Para Platón la experiencia equivalía a ser esclavos del pasado, de las costumbres que se habían formado mediante la repetición y la práctica ciega. La razón era la única que podía elevarnos por encima del sometimiento del pasado. Este pensamiento posee una fuerte base dualista por lo que fue necesario para Dewey establecer una tercera vía, un cambio concreto y vital en la experiencia por medio de la reconciliar entre estos dos factores. De esto se desprende un hecho importante y novedoso en el ámbito de estas teorías: la mutua acción que debe existir entre el organismo y el medio. El conocimiento no es algo aislado y cerrado dentro de sí mismo, sino que es algo que forma parte del proceso mediante el cual se sostiene y se desenvuelve la vida. Los sentidos pasan a ser aquí como estímulos para la acción, lo que afecta a la vista o al oído son una invitación para obrar.

⁴ *Ibid.*, p.: 249

BIBLIOGRAFÍA

John Dewey, *Democracia y educación: una introducción a la filosofía de la educación*, Madrid, Morata, 1995.

John Dewey, *La reconstrucción de la filosofía*, Buenos Aires, Aguiar, 1955, capítulo 4.

Cristina Di Gregori y Ana Rosa Perez Ransanz, Las emociones en la ciencia y en el arte. En S. Castro y A. Marcos, *Arte y ciencia: mundos convergentes*, Madrid, Plaza y Valdés, 2010.

Cristina Di Gregori y Ana Rosa Perez Ransanz, La filosofía como teoría de la educación. La vigencia del pensamiento de John Dewey. Artículo inédito.

Ricardo Nassif y Gustavo F. J. Cirigliano, *En el centenario de John Dewey*, Biblioteca del Departamento de Ciencias de la Educación, 1961.